

SERMON PARA EL DIA SEIS.

Necesidad del sacramento de la Eucaristia para vivir la vida de hijos de Dios y preparacion para recibirlo dignamente.

Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.

Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente.

EP. Á LOS HEB. IV, 16.

Con el objeto altamente provechoso de enmendar nuestra vida, venimos estudiando, M. A. H., ante el altar sacrosanto de la Santísima Virgen María, Madre del amor hermoso y refugio de los pecadores, el estado lamentable de estos, lo que tienen que temer y esperar de la justicia y de la misericordia de Dios, las excelencias y utilidad del sacramento de la penitencia y el gran bien que nos ofrece el uso frecuente de la confesion sacramental, como ayer os demostraba. Estas consideraciones importantísimas, á la vez que han cubierto de rubor nuestro semblante, nos han alentado en gran manera, tanto por las esperanzas que ellas han hecho brotar en nuestros corazones, cuanto porque nos han enseñado que la Virgen de nuestros cultos, la piadosa María nuestra bendita Madre es «el trono de la gracia al que debe-

mos acercarnos llenos de santa confianza para que nos alcance misericordia, y por Ella encontremos la gracia en tiempo oportuno,» como dice el Apóstol: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Parecía en vista de esto que ya habíamos terminado nuestras santas y provechosas meditaciones relativas á la enmienda de nuestra vida. Sin embargo, la religion divina que profesamos nos ofrece además otro poderoso auxiliar en la gloriosa empresa que nos proponemos para nuestra santificacion, favorecidos del valimiento de nuestra Madre Santísima María. Ese auxiliar efficacísimo es la Sagrada Eucaristia, el mas augusto de todos los sacramentos; el manantial purísimo é inagotable de la gracia; el inefable misterio del amor de Jesucristo, de su sabiduria y de su inefable omnipotencia, por cuyo misterio se opera entre Dios y el hombre la union mas perfecta que en la tierra podemos apetecer; misterio que es «el compendio de todas las maravillas de Dios» figurado desde el principio del mundo en el árbol de la vida plantado en el paraiso terrenal, primera morada del hombre, de donde brotaba el alimento de Adán todavía inocente, para hacer su cuerpo inmortal; figurado en los sacrificios memorables de Abel y de Melquisedech; en el cordero pascual que debia comer cada familia en señal de la libertad del cautiverio de Egipto, y en el maná prodigioso con que se sustentaba el pueblo escogido en las soledades del desierto; en los doce panes de proposicion que se ofrecian diariamente en nombre de las doce tribus de Israel, y en otros cien emblemas que imperfectamente representaban el sacramento venerando de nuestros altares, cuya realidad no podia bosquejarse perfectamente, porque hay una distancia infinita entre la pálida luz de las figuras, y el deslumbrante resplandor del sol divino de justicia que ha aparecido en nuestro horizonte.

Pues á la participacion de ese sacramento augusto, celestial, verdaderamente divino que llamamos Mesa y Cena del Señor, Pan de los ángeles, Comunión y Viático, nos invita nuestro amantísimo Redentor Jesucristo para despertar en nosotros el deseo vehementísimo de recibirlo para darnos la vida espiritual, la vida de las almas, incomparablemente mas preciada que la vida del cuerpo, empleando para ello estas palabras sublimes, expresion del amor de un Dios: «He aquí el pan descendido del cielo; cualquiera que coma de este pan vivirá eternamente; el pan que yo daré es mi carne para la salud del mundo; el que come mi carne y bebe mi sangre consigue la vida eterna. En verdad os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y si no bebiéreis su sangre, no gozareis de vida. Así como mi Padre que está vivo me envió, y como yo vivo por mi Padre, asimismo el que me come vivirá por mí.»

¿Quién habrá, A. M., entre vosotros que rehuse este convite sagrado en que «se recibe al mismo Cristo, se recuerda la memoria de su pasion, el alma se llena de la gracia, y se nos da una prenda de la gloria que nos aguarda?» Acercuémonos pues á esa mesa suntuosa, y acercuémonos llenos de la confianza que nos inspira la Madre del mismo Cristo María, que es el trono de la gracia, para conseguir la misericordia, y hallar la gracia que necesitamos en tiempo oportuno; y de este modo enmendaremos nuestra vida porque adquiriremos una vida nueva: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

A este propósito os demostraré que necesitamos participar del adorable sacramento de la Eucaristía para vivir la vida de hijos de Dios, y que para ello debemos prepararnos dignamente. Asunto es este que reclama toda vuestra atencion y la docilidad con que venis escuchando mi palabra, que es la palabra de Dios. ¡Ojalá no la profane yo en este

día, y por tanto vamos á pedir los divinos auxilios por la intercesion de nuestra santísima y venerada Madre.

AVE MARIA.

I.

Al decir, M. A. H., que para vivir la vida de Dios es necesario participar del augusto sacramento de la Eucaristía, no pretendo sostener que la recepcion y uso de este admirable sacramento sea de necesidad de salvacion, porque «el que no puede recibirlo actualmente puede tener la gracia y la salvacion por el santo deseo de recibir la comunión:» *Potest homo habere salutem ex voto percipiendi hoc sacramentum* ha dicho Santo Tomás de Aquino. De aquí se sigue que aun cuando no sea á todos los hombres absolutamente preciso y posible recibir la Eucaristía de un modo material, esto es con la boca, les es necesario recibirla de un modo espiritual para vivir la vida de hijos de Dios; porque siendo «la carne de Jesucristo verdadera comida, y su sangre verdadera bebida» no se pueden mantener nuestras almas sin este divino alimento y bebida. Esta necesidad de vivir la vida de hijos de Dios participando de la sagrada Eucaristía, se desprende primero de nuestra propia condicion humana, segundo de las gracias singulares que lleva en sí este sacramento admirable.

Un célebre apologista moderno, citando estas palabras de nuestro Señor Jesucristo: «El hombre no vive solo de pan,» ha dicho: «A diferencia de los animales, cuya existencia se halla limitada á los sentidos, hay dos existencias: una sensible, y otra espiritual. Estas dos existencias, aunque unidas por un lazo misterioso, no son por esto menos distintas por su naturaleza, y reclaman en consecuencia un alimento igualmente distinto. El alma emanada de Dios debe tomar

su sustancia en Dios; el cuerpo compuesto de materia debe tomarla en la materia, y cualquiera que sea la solidaridad que exista entre ambos, puede el alma decir al cuerpo lo que el ángel Rafael á la familia de Tobías: «Parece efectivamente que como y bebo con vosotros; pero yo uso de una comida y bebida invisibles, que los hombres no pueden conocer. Esta bebida y comida invisibles, esta «comida de los espíritus» como la llama Mallebranche, es la verdad y el amor que están en Dios, que tienen á Dios por principio y por objeto; es aquella razon soberana de quien participan todas nuestras razones, aquella sabiduría increada que hace feliz y racional al alma que de ella se alimenta, y que grita á todos los hombres desde el fondo de su espíritu y de su corazón: «Venid á mí todos los que me deseais con ardor y saciaos con mis dulces frutos, porque mi espíritu es mas dulce que la miel.»

Ahora bien: si es verdad que el hombre tiene necesidad de alimentar la vida del cuerpo, como parte integrante de su ser, esta vida material no lo es todo en él, como enseña el positivismo de nuestro desgraciado siglo, ofreciéndole la abundancia de los bienes é intereses materiales. Hé aquí porque nuestro divino Maestro Jesus decia á las muchedumbres que le buscaban en Cafarnaum: «En verdad, en verdad os digo: que me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis del pan, y os saciásteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre:» *quem Filius hominis dabit vobis*. Este divino alimento es el mismo Jesucristo en su adorable carne, en su espíritu, en su sangre y divinidad. Y tanto es así que, cuando aquellos hombres materiales reconvenian á Jesus diciéndole: «Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dió á comer,» nuestro celestial Maestro les replicaba de este modo: «En verdad, en verdad os digo que no os dió Moisés pan del cielo; sino mi Padre os dá el pan verda-

dero del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo.» *panis enim Dei est, qui de caelo descendit, et dat vitam mundo*. El verdadero pan del cielo no fué aquel que vuestros padres comieron en el desierto; aquel no fué mas que la imágen del verdadero que os da hay mi Padre que soy yo mismo, no solo para la vida del pueblo judío, sino para la de todo el mundo: *et dat vitam mundo*. El maná que fué dado por el ministerio de Moisés era un alimento material, y el alimento material no sacia, no puede dar hartura. «Yo soy el pan de la vida, y el que á mí viene no tendrá hambre,» porque el hambre del alma no se puede saciar sino conmigo que soy el verdadero alimento: *ego sum panis vitae; qui venit ad me non esuriet*.

Con efecto, M. A. H.; las gracias inherentes al sacramento augusto de la Eucaristía son las que pueden hacernos vivir la vida de hijos de Dios de que tanto necesitamos como miserables pecadores; esta es la comida de los espíritus. «Venid á mí todos los que me deseais con ardor, y saciaos con mis dulces frutos,» dice el Señor: *transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini*. Así es que ese sacramento divino aumenta en nosotros la gracia santificante con los dones y las virtudes que la acompañan, y comunica á nuestras almas un sustento espiritual para mantenernos é infundirnos nuevas fuerzas. Oid y si no lo que dicen los Padres de la Iglesia en su doctrina espuesta en estas palabras del Catecismo del Concilio: «la Eucaristía produce para la salvacion y para el bien del alma lo que producen para el cuerpo el pan y el vino, pero de una manera infinitamente mas perfecta, pues lejos de cambiarse en el sacramento en sustancia muerta, como se cambian el pan y el vino en la sustancia del cuerpo, nosotros nos cambiamos en cierto modo en la naturaleza del sacramento; de donde resulta que por una union íntima y misteriosa Jesucristo queda en nosotros, y nosotros quedamos en él. Así lo dijo

El mismo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él. El que participe de la Eucaristía con fe y piedad, recibiendo en sí al Hijo de Dios, se halla unido á su cuerpo como un miembro vivo.»

Y esa union íntima, misteriosa, sagrada de Jesucristo con el alma que le recibe sacramentado ¿no es la vida con que viven los hijos de Dios? Porque no penseis, A. M., que esa union es solamente mientras dura este manjar sensible en el cuerpo; ¡Ah! no; esa union es mas permanente, porque consumidas las especies sacramentales, aunque Cristo en cuanto hombre no queda con nosotros; pero queda en cuanto Dios unido con nosotros, y nosotros con Él con amor de amistad mútua, amándonos y amándole, realizándose lo que dijo el jóven evangelista: «Dios es caridad, y quien permanece en la caridad permanece en Dios, y Dios en él.» ¡Ah! en este augusto sacramento tenemos la vida de los hijos de Dios, si hemos de atender á las palabras de nuestro amorosísimo Padre y Maestro Jesucristo que nos ha dicho por S. Juan: «Como yo vivo por el Padre, asi quien me come vivirá por mí:» *Ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* «En las cuales palabras, ha dicho un célebre escritor, puso Cristo nuestro Señor la mayor semejanza que podia traer para este intento, la cual consiste en que asi como el Hijo de Dios, mediante la generacion eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios; de suerte, que el Hijo por esta generacion es un Dios con su Padre, vive en Él y por Él, y es sábio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como Él y con Él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas; asi tambien el que dignamente come á Cristo, nuestro Señor en este sacramento, en virtud de esta comida recibe, por participacion, el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu

con Él, y pueda decir aquello de S. Pablo: «vivo yo, ya yo no, sino Cristo vive en mí, y mi vivir es Cristo, porque vivo en Él y por Él, y para Él.» Confesemos pues, que vivir de esta manera tan admirable y celestial es vivir la vida de los hijos verdaderos de Dios. No olvidemos que este Señor es el que ha dicho: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos; quien permanece en mí, y yo en él, llevará mucho fruto.»

¿Deseamos, A. H. M., vivir en esta vida de los santos, esta vida celestial y santísima, y obtener esos frutos fecundos y sobrenaturales? pues pensemos como debemos prepararnos para recibir dignamente el augusto sacramento de la Eucaristía, que es el objeto de mi segunda reflexion.

II.

El acto mas grande y solemne de nuestra vida espiritual es sin duda, A. H. M., aquel en que nos acercamos á la mesa santa para recibir el augustísimo sacramento de la Eucaristía, aquel pan divino que es el cuerpo mismo de Jesucristo, al que están unidas realmente su alma, su sangre y su divinidad. Por consiguiente nuestra preparacion para ese acto ha de ser tan diligente y escrupulosa cual se infiere de estas palabras del Apóstol: «cuantas veces comiereis este pan, dice, y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga. De manera que el que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo, y de la sangre del Señor; por tanto pruébese el hombre á sí mismo, examínese cuidadosamente, y así coma de aquel pan, y beba del cáliz: *probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* Esta preparacion, además de exigir una conciencia pura de todo pecado mortal, reclama imperiosamente santas reflexiones respecto á la inteligencia, santos afectos respecto al corazon, santas resoluciones respecto á las obras, y á la edificacion de las cos-

tumbres, y como poderosísimo auxiliar para hacer estos actos, la protección de la Santísima Virgen María que nos alcanza misericordia y gracia en tiempo oportuno: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Es innegable, A. M., que el hombre jamás se decide á obrar, á no ser un insensato, sin haber antes meditado sobre la conveniencia ó inconveniencia de lo que ha de hacer, sin reflexionar sobre los motivos que lo impulsan á hacer esto ó practicar lo otro. Si esta es ordinariamente su conducta ¡cuántas y qué elevadas deberán ser sus reflexiones antes de llegar á la mesa eucarística á la que es convidado por el mismo Dios para hacerlo participante de toda su gloria, de todos sus bienes y hasta de su misma naturaleza! ¡Ah! ¿quién es el que viene á mí en este adorable sacramento? Es el Rey de los cielos y de la tierra, «el Rey inmortal de los siglos á quien se debe todo honor y toda gloria;» es el Santo de los santos que mora en los esplendores de la Jerusalem viviente y eterna rodeado de toda grandeza y magestad, y comunicando su magestad y su grandeza á todo cuanto le rodea, por que de Él únicamente procede todo lo grande, todo lo bello, todo lo bueno y deleitable; es el Mesias enviado de Dios «para salvar todo lo que habia perecido» que, compadecido de las miserias del hombre viene á ilustrar su inteligencia como Maestro divino, á santificar su corazón como Salvador misericordioso, á sanar sus enfermedades como médico de las almas, á nutrir sus espíritus como «pan que ha descendido del cielo,» á guiar sus pasos por el camino de la paz como pastor amorosísimo que busca diligente la oveja que se ha extraviado. ¿Y á quién viene en este sacramento de amor? Viene á mí, pobre pecador, manchado con tantas culpas, y afeado con tantas miserias, á mí tan ingrato á sus favores, tan rebelde á sus mandamientos, tan sordo á sus inspiraciones, á mí tan enfermo y tan necesitado. ¿Y cómo y para qué

viene? Viene lleno de mansedumbre, y humillado, y abatido como el último de los hombres, ocultando bajo unos velos misteriosos resplandores eternos de su infinita gloria para que yo pueda llegarme hasta Él, sin quedar deslumbrado por los destellos de su magestad excelsa; viene para colmarnos de sus gracias, de sus inefables favores, y bienes infinitos. ¡Qué santas reflexiones para que nos preparemos á recibir á Jesus sacramentado!

Pero estas y otras innumerables y santas reflexiones, A. M., deben despertar en nuestras almas santos y eficaces afectos que dispongan convenientemente nuestros corazones para recibirlo. Y no puede ser de otra manera, si esa fe que ha ilustrado nuestra inteligencia, es la fe cristiana, fecunda siempre en sentimientos nobilísimos, y «que es la vida del justo:» *justus ex fide vivit.* De aquí aquel amor ardiente, aquella caridad santísima que abraza el corazón del hombre fiel que busca á Jesus sacramentado con el mismo anhelo que el siervo las fuentes cristalinas de puras aguas, caridad que es el lazo íntimo y sagrado que lo une con Jesus en este sacramento, y á Jesus con él en estrecho y santo consorcio. De aquí aquella confianza consoladora que le hace gustar todas las delicias de los bienaventurados, la paz y la dicha de que hablaba David, cuando decia en uno de sus Salmos: «En la paz del alma, en tí mismo que eres el sumo bien, descansaré y reposaré; porque tú, Señor, singularmente me has afirmado en la esperanza:» *quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.* De aquí aquella humildad profunda que le hace decir con el Centurion: «Yo no soy digno de que entreis en mi casa;» y que pone en sus labios las mismas palabras de S. Pedro en las riberras del lago de Genesareth postrado á los piés de Jesus: «Señor, apártate de mí que soy un hombre pecador:» *Exi á me, quia homo peccator sum, Domine.* De aquí, en fin, todos esos afectos tan levantados y santos que experimentan dia-